

Escultor como Alonso Fernández no lo había mejor. Superaba en muchas perfecciones a los que tallaban en piedra o en madera. Sus trabajos eran gráciles, armoniosos, esculpía con bastante detalle y finura; inteligencia, brío y pujanza se admiraban en sus obras, coloreadas con un verismo impresionante.

No había iglesia ni convento que no quisiera tener imagen suya, pues movían el corazón y levantaban la mente a altas consideraciones. Pero este magistral, insuperable artista era muy rogado para que hiciese una escultura. Obispos, canónigos, poderosos señores con dinero y eficaz amistad con el virrey tenían que hacerle más promesas que el que navega con borrasca, echarle no sé cuantas rogativas a fin de que se bajara a acceder a labrar una escultura.

Alonso Fernández era de malísimo humor, mostraba su enfado con semblante desabrido. Él creía tener pleno derecho a no cumplir la palabra empeñada, no entregando la obra en el tiempo justo a que se comprometió concluirla, pero si no se le daba al punto la paga o los adelantos que quería, dejaba correr sin riendas el ímpetu de su enojo, diciendo enormes denuestos, votos y por vidas.

Estas alocadas destemplanzas, estos brutales desenfrenos, se los ocasionaba el salir constantemente perdidoso en el juego de la baraja y en el de los dados, a los que era en extremo aficionado. Apostaba todo cuanto tenía y aun cuanto no tenía, y de haber sido posible, hasta su alma la echara gallardamente sobre un naipe para probar fortuna.

Tenía dinero y entonces alhajaba su vivienda con exquisita fastuosidad de gran señor, pero sotas y caballos se lo empezaban a llevar bien pronto, y entonces se ponía a recoger alfombras, a sacar cuadros y muebles preciosos, ya embutidos, ya de talla, a descolgar tapices y paramentos bordados y todo ello lo trocaba prontamente en monedas que iban a parar a las villanas mesas de los garitos.